

que Dios le propone tiene como escenario el trajín diario de las calles de asfalto, los pasos de cebra, los escaparates con anuncios sofisticados, las reuniones de vecinos en el portal de su bloque, la cafetería de la esquina, la contaminación atmosférica, el deseo natural de que llegue el fin de semana para el esparcimiento y, por supuesto, el trabajo profesional realizado con la mayor perfección posible como ofrenda a Dios. Es ahí donde se le pide que esté y es ahí donde Pepe Molero debe ser Pepe Molero, el mismo que viste y calza. No lo duda: lo suyo es ese temblor que le hace abrir la ventana y saludar a aquel vecino dispuesto a poner su coche en marcha; tener constancia de la subida del pan o de la gasolina; perderse en una feria entre la multitud; rodearse, venido el caso, de amigos frívolos que se extrañan de que él sea célibe, acuda diariamente a misa, trabaje con firmeza, esté siempre contento, sea generoso y se halle dispuesto a servir a los demás y a evitar los ambientes en los que tiene por seguro que se ofende a su Amor.

La palabra clave de la biografía figura ya en el título: *belleza*. Con ella se retrata «a la persona de la Obra que quiere ser fiel a su vocación y está entusiasmado con la belleza de lo ordinario, vivida a pleno pulmón» (p. 165), «siempre reaprendiendo los matices del asombro y la avidez y haciendo continuamente de su existencia un himno de alabanza al Dios de la creación, cuya belleza no le ha sido negada: ha sabido acogerla, no sé si porque ha nacido con el sello del errabundo infatigable o porque la búsqueda del instante lo lleva a toparse siempre con lo permanente» (p. 166), con la certeza de que Dios es su fin, en palabras de Agustín Altisent, «no solo después de esta vida, sino ya ahora. Y lo paladea sin llamaradas, que así sabe mejor y es más duradero» (p. 167).

En la omnipresente cultura de la sospecha en que estamos cómodamente instalados, cultura «según la cual toda Belleza es un engaño que debe desenmascararse; [... cultura] que ve en las virtudes mentiras y en el vicio una manifestación de sinceridad» (Catherine L'Ecuyer), biografías como la de Carmelo Guillén Acosta incitan a descubrir la belleza que se encuentra sólidamente integrada en la verdad y la bondad. Este es el propósito que se impone el biógrafo al escribir este libro: «Cantar una vida ordinaria, sin aparente brillo, vivida en su plenitud, en su gozo». Y para ello, la vida de Pepe Molero, «desde el don de su vocación» (p. 174), le ha venido como anillo al dedo.

Manuel Casado Velarde

Carlos Javier MORALES, *Breve historia del Opus Dei. Una institución moderna de la Iglesia católica*, Madrid, Alianza, 2023, 346 pp.

La *Historia del Opus Dei* publicada en 2021 por José Luis González Gullón y John Coverdale ha estimulado nuevos trabajos sobre la vida de esta institución católica. Este que ahora se reseña es una obra sintética de divulgación y no tanto una monografía

histórica con aportaciones inéditas, o con métodos o enfoques originales. Carlos Javier Morales, que se presenta como miembro de la Obra, brinda al lector sus confesiones, ideas y sentimientos nacidos de su larga trayectoria en el Opus Dei. Filólogo y poeta más que historiador, es patente (y logrado) su propósito de divulgar la historia de esta familia de la Iglesia. Quizá por eso, este libro carece de notas a pie de página (salvo algunas que explican términos desconocidos para el gran público), bibliografía o una relación final de libros, útil siempre para orientar al lector. Dos motores de este relato sintético son las lecturas de Morales, que emergen como de pasada en las páginas 321-322, y los relatos orales que ha oído a otras personas del Opus Dei.

Para superar la falta de un cuerpo de fuentes y referencias, el autor apela a la confianza del lector, a quien pide que dé «por supuesto que estos relatos han sido siempre confrontados con la documentación escrita, tanto de fuentes cercanas a la Obra como de otras muy ajenas, incluidas las publicaciones en que esta institución ha sido objeto de controversia» (p. 17). Desde luego, en este libro es enorme el influjo de la *Historia del Opus Dei* de González Gullón y Coverdale. Algo que se aprecia con más detalle al comparar la cronología elegida y, sobre todo, al contrastar el contenido de ambos libros, expuesto eso sí con una estructura algo distinta al de Gullón y Coverdale.

El autor no pretende ser original por las fuentes, el relato y las conclusiones. Por eso, el interés del volumen reside justamente en su naturaleza divulgativa. El estilo es ágil y grato, las síntesis son depuradas, la propia editorial Alianza es una gran plataforma que alcanza un público amplísimo. Todo ello es un motivo de felicitación, pues no falta a Morales audacia para lanzarse a un tema que –hasta donde conozco– es su primera incursión en la historia del Opus Dei.

Sin embargo, este carácter generalista no ha impedido errores o imprecisiones aquí y allá. Por ejemplo, se dice que antes de la guerra civil, el fundador informaba de palabra o por escrito directamente a Eijo Garay de sus apostolados (p. 80); también, que el claretiano Arcadio Larraona era obispo en 1946 (p. 147); que la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz era una asociación unida al Opus Dei en 1950 (p. 158: lo sería en 1983, no antes); que la editorial Minerva se convirtió enseguida en la editorial Rialp (p. 222); en diversos lugares, que la aprobación como instituto secular en 1947 fue vista por el fundador como un «mal menor», algo que no fue así en ese momento y durante algunos años, como confirman las fuentes coetáneas; que la familia de Fernando Ocariz regresó del exilio a Barcelona (p. 328, cuando lo hizo a Madrid), o que este fue elegido como prelado el 21 de enero de 2017, y no el día correcto, el 23 de ese mes y año.

Ciertamente, no son grandes cuestiones, y no desmerecen el mérito de un libro en edición de bolsillo, fácil de leer y que relata sintéticamente una historia compuesta, como se afirma, por «grandes aventuras espirituales y humanas».

Santiago Martínez Sánchez